

Ante «El caballero con la mano al pecho», del Greco

Los ojos de este hidalgo, qué serenos...
La intonsa faz, qué dulce y qué severa
—cilicio en tul la nítida gorguera—
sobre fondos de paz y sombra llenos.

Limpia de lucro vil y torpes cienos,
esta mano—de noble, hispana cera—
cultiva una escondida primavera
de cristianos rosales muy amenos.

Reposa la tizona ya vencida...
y tiene el caballero un gesto extraño
de dolor resignado, mudo y fuerte.

Calla y dice la angustia estremecida
del que va, bien forjado en desengaño,
muerto ya en cada día, hacia la muerte.

RICARDO ACOSTA CAMISON



PLENITUD

Tiendo al paisaje los dedos de mis ojos
y a brazadas me traigo su poesía,
el alma se me ahueca como un cáliz
donde las cosas vierten su armonía.

Cansado de entregar, ahora recojo;
cansado de seguir, reclamo ahora;
cansado de servir, levanto el alma
con aire y plenitudes de señora.

Las cosas adivinan que las rijo
y humildes se me acercan y me entregan
su sencillo secreto, su desnudo.

Las veo llegar con su mensaje mudo;
y tantas son y tan en germen llegan
que el mundo me embaraza como un hijo.

SANTOS SANCHEZ MARIN

Divagaciones sobre el existencialismo

Honramos las páginas de ALCANTARA con este notable trabajo — notable por su contenido y por su forma— de nuestro distinguido colaborador don Luis Rodríguez-Arias.

EL último absurdo del siglo—dice Emmanuel Mounier en su «Introducción a los existencialismos»—tenía que ser la moda del existencialismo; la entrega al parloteo diario de una filosofía cuyo sentido es, precisamente, librarnos del parloteo. Y desde otro punto de vista, Ismael Quiles, S. J. en «Heidegger, el existencialismo de la angustia» reconoce que el hecho de la filosofía existencial es innegable y aunque se trate de una *moda* no se puede ignorar su realidad. Tanto más cuanto que estamos, sin duda alguna, ante el movimiento filosófico de mayor amplitud e intensidad intelectual de nuestro siglo.

Es muy copiosa ya la bibliografía, solamente la española, sobre el existencialismo; y al considerar el interés y apasionamiento que suscita en el mundo filosófico esta nueva concepción del ser y de la vida, cuestión fundamental, «el gran problema» como lo llama Carlyle y que Heinz Heinssoeth comprende en su obra «Los seis grandes temas de la metafísica occidental», nace la curiosidad de averiguar lo que pueda llevar dentro esta novísima teoría capaz de producir tal conmoción en las ciencias del espíritu que hasta hoy constituyeron la llamada filosofía tradicional.

Son varios y esclarecidos filósofos los que con criterio exhaustivo han hecho un análisis a fondo de los diversos sistemas de la filosofía existencial. Conformémonos nosotros, dentro de los angostos límites de esta revista, con dar una breve noticia a los lectores de «Alcántara» para que en sus páginas, expresión de las preocupaciones culturales cacereñas, no quede silenciada la aparición de tan deslumbrante fenómeno por el horizonte filosófico.

En la entraña misma de toda la filosofía existencial combaten los viejos conceptos de *esencia* y *existencia*, y si es primero la *esencia*—como sostuvo la filosofía tradicional—o tiene la primacía la *existencia* según propugna la novísima concepción filosófica de estos problemas.

Para nuestro Balmes («Filosofía fundamental») la *esencia* de una cosa es aquello que la constituye tal y la distingue de todo lo demás; y la *existencia* es el acto que da el ser a la *esencia*, o aquello por lo cual la *esencia* existe. De estas definiciones parece resultar que no hay distinción entre la *esencia* y la *existencia*. Para que dos cosas sean distintas, es necesario que la una no sea la otra; y como la *esencia*, abstraída de la *existencia*, no es nada, no se puede decir que haya entre ellas una distinción real.